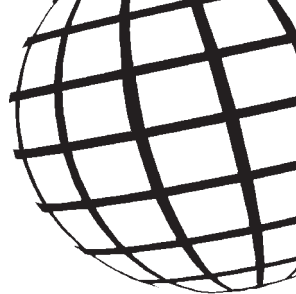


Historia del presente: las revueltas árabes a través del prisma de las Revoluciones europeas de 1989-1990 y de la Revolución Islámica de Irán.



Mariela Cuadro*

Introducción

“No sé hacer la historia del futuro. Y soy un poco torpe en prever el pasado. Me gustaría sin embargo intentar captar lo que está pasando, porque en estos días nada está acabado y los dados aún están girando”. (Michel Foucault, 1994: 714)

Los primeros días de las revueltas árabes que aún hacen temblar el *status quo* de Medio Oriente —y con él, todas las regiones del mundo—, fueron objeto de múltiples lecturas. Quisiéramos resaltar aquí dos enfoques que buscaron afanosamente instaurar analogías históricas y establecer continuidades. Estamos hablando de las Revoluciones de los años 1989-1990 en Europa Central y del Este que pusieron fin a los distintos gobiernos del Partido Comunista (PC) en la región y a la Revolución de Irán del año 1979 que instauró un gobierno islámico en el país persa. Sostenemos que estas dos lecturas, que hablan de una cierta concepción de la historia sostenida sobre la necesidad de hallar en el pasado las huellas del presente, buscaron encontrar en los movimientos populares árabes dos espíritus (en términos hegelianos) de nuestro tiempo.

Es así como los más optimistas vieron allí el avance de la democracia (liberal) como una necesidad histórica. Este planteo ubica su origen en Estados Unidos y su sistema de gobierno como faro de la historia. La democracia se habría desplegado desde allí, habría vencido primero a los totalitarismos europeos y japonés, más tarde a las dictaduras en América Latina, luego a los autoritarismos soviéticos de Europa central y oriental y, finalmente, habría hecho pie en el mundo árabe, demostrando, de esta manera, la falacia de la tesis huntingtoniana de que los musulmanes son incapaces de organizarse

¹ Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Becaria Conicet. Doctoranda en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de La Plata (IRI). Coordinadora-Investigadora del Departamento de Medio Oriente en el Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de la Universidad de La Plata. Miembro-investigadora del Centro de Reflexión en Política Internacional (CERPI).

bajo un sistema de gobierno democrático. Esta lectura, compartida por intelectuales de las más diversas tendencias políticas, daba razón a las palabras que pronunciara Slavoj Žižek en el año 2008 cuando afirmaba que todos, incluso los pensadores de izquierda, hemos devenido fukuyamistas¹. En efecto, la democracia liberal no solo se presenta como el mejor modelo socio-político, sino como el único legítimo. Las revoluciones, por tanto, solo pueden ser revoluciones *a la americana*, es decir, revoluciones pacíficas que lo instauren.

El segundo espíritu, esta vez amenazante, fue el del Islam. La Revolución Islámica de Irán tomó aquí protagonismo y varios analistas en los distintos medios de comunicación internacionales comenzaron a hablar de la posibilidad de que las revueltas árabes fueran usurpadas por islamistas radicales que pudieran hacer de la totalidad de Medio Oriente un nuevo Irán. En el caso de Egipto, por ejemplo, esa preocupación fue la que guió al Departamento de Estado y al de Defensa de Estados Unidos en su intervención para la resolución del conflicto (sin que deba deducirse de esta afirmación que ambos aparatos burocráticos funcionan necesariamente en consonancia). El fantasma musulmán apareció también en la lectura pro-democracia liberal arriba mencionada, subrayándose la inexistencia de simbología religiosa islámica en los levantamientos. De esta manera, la religión islámica fue desligada de las tan veneradas prácticas democráticas, permitiendo que el Islam como arma política conservara su característica demonización. Es decir, que los que encontraron positividad en las revueltas buscaron anular en ellas el elemento religioso.

El objetivo del presente artículo es analizar ambas lecturas y señalar los efectos que suponen. En este sentido, buscamos insistir en la importancia de los relatos de la historia, pues comprendemos que ésta no pertenece al campo de lo pasado, sino, por el contrario, a aquél del presente. A partir del momento en que la mirada histórica devenida discurso se constituye de manera retrospectiva, alcanza lo actual; y la historia presente acerca del pasado tiene sus efectos tanto en la actualidad como en el futuro que ella construye. Por lo tanto, frente a las lecturas que buscan continuidades, es nuestra intención historizar las movilizaciones que tienen lugar en el mundo árabe, es decir, ubicarlas en su particular momento histórico y considerarlas, en consecuencia, como productos, pero también como sujetos protagonistas de transformaciones en las relaciones de poder tanto regionales como mundiales.

La historia no es una sola: acerca de las distintas lecturas de las revueltas árabes

Foucault (2002) ha establecido la existencia de por lo menos dos modos de análisis histórico. Uno, al que ha denominado “historia global”, se caracteriza

¹ Slavoj Žižek en *Democracy Now* con Amy Goodman; disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=NdUlol9mAKY&feature=related>.

por ser una lectura histórica que busca continuidades: reconocer la necesidad del presente en el despliegue de un “núcleo central” que se habría originado en el pasado. De esta manera, esta historia termina por ahistorizar el presente, eternizándolo en un despliegue necesario de un rasgo entendido como fundamental. Es, en términos de Benjamin (1996), la característica concepción moderna del tiempo, entendido como una línea ininterrumpida, homogénea y vacía, con la idea del progreso necesario como eje central de dicho discurso. El otro modo de análisis histórico que identifica el filósofo francés es el que ha denominado “historia general”, centrado no tanto en la búsqueda de orígenes que explicarían la necesidad de cierta configuración del presente, sino en la búsqueda de aquellas “transformaciones que valen como fundación y renovación de las fundaciones” (Foucault, 2002: 7). Es decir, historizar la dispersión, concentrarse en la diferencia que sirve como fundación de la unidad, más que en la unidad como espíritu ahistórico. En fin, la “historia general” es una historia que desecha las trascendencias.

No es nuestra intención utilizar aquí este último modo de análisis para relatar los acontecimientos que movilizaron y aún movilizan al mundo árabe (por otra parte, no podríamos hacerlo). Si trajimos a cuenta esta distinción construida por Foucault, fue para situar en uno de los dos modos de análisis –aquél de la “historia global”– las lecturas históricas a las que nos referimos más arriba, pues fueron utilizadas como analogías válidas para pensar los cambios impulsados por los pueblos de Medio Oriente. Creemos que ambas lecturas están constituidas por los núcleos problemáticos o los ejes discursivos en torno a los cuales gira la actual política internacional: la democracia liberal y el Islam.

La lente de las revoluciones europeas I: el paso triunfal de la democracia liberal por el mundo

Roger Cohen, columnista de *The New York Times*, se preguntaba en referencia a Egipto, el 7 de febrero del corriente año: “¿Es este un amplio levantamiento contra la dictadura cuyo objetivo de libertad democrática va a ser usurpada por islamistas organizados como en la revolución iraní? ¿O es el fin del Parque Jurásico árabe donde, desde Yemen a Túnez, déspotas envejecidos han gobernado, y el comienzo de un florecimiento democrático como cambio del mundo con el colapso del imperio soviético?”² La respuesta es que lo que estábamos presenciando era “el 1989 del mundo árabe”.³

El País, por su parte, afirmaba el 11 de febrero también del presente año, en una nota reproducida por el diario argentino *La Nación*: “esta primavera

² Cohen, Roger, “Tehran 1979 or Berlin 1989?”, *The New York Times*, 07/02/2011. (Online), disponible en: <http://www.nytimes.com/2011/02/08/opinion/08iht-edcohen08.html?ref=rogercohen>

³ Ib.

de los pueblos árabes tiene poco o nada que ver con Teherán 1979. Solo cabe entroncarla en Berlín 1989. Es la historia en movimiento; es, en plena crisis económica, el regreso al primer plano de la política internacional de la lucha contra las dictaduras y por la democracia y los derechos humanos”.⁴

El diario *Der Standard*, de Viena, se sumaba asimismo a estas voces y su columnista, Robert Misik, titulaba su nota “Los árabes también aman la libertad”. En ella podían leerse enunciados tales como “1989 árabe”. Asimismo,

Los levantamientos en el mundo árabe, cuanto menos en estos primeros momentos en el que la situación en Libia no había irrumpido con la fuerza estrepitosa del sonar de las armas (propias y ajenas) en que lo hizo, fueron ubicados en una historia que era leída de manera lineal, necesaria y teleológica y cuyo sujeto era la democracia liberal.

descartaba al Islam de lo que analizaba como movimientos pro-democráticos: “los ‘islamistas’ juegan un papel menos importante de lo que creíamos. Estos pueblos reclaman la democracia y la libertad, no los *mullahs*”.⁵

La analogía con las revoluciones europeas de 1989-1990 emergió sobre todo en los medios de comunicación internacionales a partir del levantamiento del pueblo egipcio entre enero y febrero del corriente año. El desarrollo de los hechos y los levantamientos en otros países del mundo árabe hicieron que estas voces ya no encontrarán espacio para desplegarse y lentamente fueron desvaneciéndose (aunque no terminaron de apagarse). Lo que nos interesa resaltar es la construcción de un discurso que acompaña y refuerza determinadas relaciones de poder. En efecto, lo que entonces se ponía de relieve con el establecimiento de esta analogía era el paso de la democracia (liberal) por el mundo. Ésta era considerada, así, como el espíritu hegeliano de la historia que a distintos ritmos pero implacablemente

iba bendiciendo las distintas regiones del mundo. El inicio de esta “revolución democrática mundial” encontraba su origen en el año 1776 con la independencia de Estados Unidos y la emergencia del primer país democrático. Nicholas Kristof, también columnista de *The New York Times*, afirmaba en este sentido: “Para mí, esto se siente como la versión árabe de 1776”.⁶ De modo tal que los levantamientos en el mundo árabe, cuanto menos en estos

⁴ Valenzuela, Javier, “El Berlín 1989 de los árabes”, *El País*, 11/02/2011. (Online), disponible en: http://www.elpais.com/articulo/internacional/Berlin/1989/arabes/elpepuopi/20110211elpepuint_17/Tes

⁵ Misik, Robert, “Los árabes también aman la libertad”, *Der Standard*, 04/02/2011. (Online), disponible en: <http://www.presseurop.eu/es/content/article/491261-los-arabes-tambien-aman-la-libertad>

⁶ Kristof, Nicholas, “Arab world is experiencing its version of 1776”, *Dayton Daily News*, 21/02/2011. (Online), disponible en: <http://www.daytondailynews.com/opinion/columnists/nicholas-kristof-arab-world-is-experiencing-its-version-of-1776-1087234.html>

primeros momentos en el que la situación en Libia no había irrumpido con la fuerza estrepitosa del sonar de las armas (propias y ajenas) en que lo hizo, fueron ubicados en una historia que era leída de manera lineal, necesaria y teleológica y cuyo sujeto era la democracia liberal.

Dos imágenes pudieron presentarse entonces. Por un lado, la aseveración de Francis Fukuyama luego de la caída del muro de Berlín acerca del fin de la historia y del rol que asume la democracia liberal. Por otro, las palabras de la tan vilipendiada Casa Blanca de George W. Bush que, al asimilar libertad con democracia y al naturalizar a la primera, hacía lo propio con la segunda, sosteniéndose en esta idea para invadir Irak y también Afganistán. De este último asunto no nos ocuparemos aquí: si bien el discurso que sostiene que la democracia liberal es el único modelo socio-político legítimo se encontraba sosteniendo las acciones de política exterior de Washington, la imposición de ésta por parte de la administración Bush la desvía del tratamiento discursivo de su necesidad histórica. En este sentido, el texto de Fukuyama “¿El final de la historia?” es la expresión más acabada —a pesar del sinnúmero de críticas de las que fue objeto— de esta última postura.

En efecto, allí sostiene Fukuyama, basándose en Hegel, que “el fin de la historia” es “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano” (1989). Es decir que, llegados a este punto en el que el comunismo ha sido derrotado, ha quedado en evidencia que el único camino es la democracia liberal. Hacia allí se dirige, indefectiblemente, la humanidad. Así, el autor puede permitirse afirmar: “en el final de la historia no es necesario que todas las sociedades devengan sociedades liberales exitosas, solamente que pongan fin a sus pretensiones ideológicas de representar formas humanas de sociedad diferentes y más altas” (1989).

Es preciso aquí hacer una pausa, pues se ha establecido históricamente una disyunción exclusiva del tipo democracia o totalitarismo/autoritarismo, siendo el significante democracia homologado al abstracto concepto de libertad y a la democracia liberal.⁷ Creemos que es necesario establecer una

⁷ En los últimos años, en los que en América Latina han llegado al poder gobiernos que se enfrentan en mayor o menor medida a las políticas neoliberales, ha emergido una lucha entre la democracia liberal y las democracias populares. Desde los sectores liberales estas últimas son acusadas de ser autoritarias, actualizándose la dicotomía democracia o autoritarismo (la polémica en torno a Vargas Llosa que tuvo lugar entre marzo y abril de este año juega en este sentido). En Medio Oriente dicha dicotomía se ha establecido como democracia (liberal) o islamismo, siendo el islamismo acusado de ser esencialmente no-democrático. En este sentido, es interesante la discusión que se está dando en América Latina de la mano de ciertos intelectuales que, frente a la institucionalizada democracia liberal, entendida como “fachada gestional de las políticas del gran capital internacional” (ver entrevista a Roberto Follari en *Página 12* del lunes 29 de noviembre de 2010), defienden lo que desde distintos sectores es llamado como democracia neopopulista o radical o revolucionaria. Esta última forma de democracia, frente a las democracias liberales, privilegiarían la inclusión de los sectores excluidos, la igualdad por sobre las libertades individuales liberales. Ver al respecto: Follari, 2010.

clara diferenciación de estos términos que permita contextualizarlos, es decir, historizarlos. Por otra parte, una vez más hay que defenderse con anticipación ante posibles acusaciones. En primer lugar, plantear la dicotomía democracia (liberal) versus autoritarismo lleva a la instauración de la democracia liberal como el único camino válido para hacer política, lo cual hace que levantamientos populares en contra de un gobierno en el marco de instituciones democráticas, como los ocurridos en Argentina en el año 2001, en Bolivia en el 2003 o en Ecuador en 2005, sean deslegitimados o bien descartados como forma de lucha de los movimientos populares. En segundo lugar, las democracias populistas u otras formas democráticas no-liberales son también menospreciadas pues resultan evaluadas desde los parámetros de la democracia liberal.

Por otro lado, esta última forma de gobierno no debería ser entendida únicamente como un modelo que permite la participación política del pueblo devenido ciudadanía. Sin discutir acerca de la existencia de una participación política real a través del voto y sin prestar atención a los bajos niveles de participación en los países donde las elecciones son opcionales, la democracia liberal implica también una cierta forma de subjetivación, de construcción de sujetos. En efecto, implica el individualismo bajo la forma de la ciudadanía; es decir que implica el individualismo como la única forma de aproximación a lo político. El único sistema de asociación permitido bajo este sistema de gobierno es a través de la constitución de partidos políticos o —en algunos casos— de asociaciones profesionales voluntarias. De esta manera, las identidades étnicas y/o confesionales son hechas a un lado y consideradas no-modernas. El individualismo es igualmente necesario para el establecimiento de un orden económico neoliberal. Aún más, tal como sostiene Balibar, el individualismo se presenta como el mejor modo de subjetivación: “Esta presencia latente de la cuestión jerárquica (...) se expresa hoy especialmente en la prevalencia del modelo individualista: las culturas implícitamente superiores serían aquéllas que valorizan y favorecen la empresa ‘individual’, el individualismo social y político, en oposición a aquéllas que lo inhiben” (1991: 43).

Como una profecía auto-cumplida, el discurso de Fukuyama se despliega en un ambiente de victoria para el occidente liberal. El hecho de que la democracia se imponga necesariamente es una afirmación realizada en un contexto en el que la democracia efectivamente se impuso. En este sentido, Foucault afirmaba que en el modo de análisis de la “historia global”, “(e)l tiempo se concibe en él en términos de totalización y las revoluciones no son jamás en él otra cosa que tomas de conciencia” (Foucault, 2002: 20-21). En efecto, desde la lectura que establecía un paralelo entre las revueltas árabes y las revoluciones del 89-90, lo que sobresalía era el hecho de que la democracia liberal había llegado a las conciencias árabes como ya lo había hecho en otros lugares del mundo. Ésta se presentaba, así, como un espíritu que recorría el mundo, bendiciendo con su llegada a las distintas zonas del planeta.

Si la primera afirmación que se quiere resaltar de este discurso es la desplegada hasta el momento, es decir, aquélla que sostenía que lo que sucedía en el mundo árabe era el paso de la democracia (liberal) por esas tierras olvidadas, ésta venía a echar por tierra otro enunciado aparecido durante la década de 1990: el hecho de que Islam y democracia eran incompatibles (recuérdese: en este tipo de discurso “democracia” es sinónimo de democracia liberal, cualquier otra forma democrática es desechada como autoritaria). En efecto, en 1996 aparecía el libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, de Samuel P. Huntington. Volver a la crítica del escrito no tiene sentido, se han escrito incontables páginas alabando y criticando las palabras vertidas en él. Sin embargo, el texto volvió a ponerse sobre el tapete de la mano de los mismos analistas que establecían la analogía que estamos tratando y es por eso que lo traemos a cuenta. En efecto, en una de sus páginas inaugurales, podía leerse: “La cultura islámica explica en gran medida la incapacidad de la democracia para abrirse paso en buena parte del mundo musulmán” (Huntington, 1997: 30). Afirmaciones como ésta pueden encontrarse, asimismo, a lo largo de todo el libro. Está claro que el autor compartía la idea de un espíritu democrático que como síntoma de la modernidad iba venciendo a las fuerzas no-democráticas a lo largo y ancho del mundo. Había un espacio, sin embargo, al que no podía llegar: el “mundo musulmán”. Esto se explicaba, como afirma el enunciado arriba citado, por una concepción esencialista de la identidad islámica. En efecto, ciertos rasgos presentes por naturaleza en la “cultura islámica” constituían un obstáculo al desarrollo más o menos natural de la democracia.

Escribir sobre Medio Oriente y la democracia o sobre el Islam y la democracia, escribir sobre esos dos significantes implicó, a partir de entonces, enfrentarse casi necesariamente a la pregunta por la compatibilidad que derivaba en la siguiente: ¿pueden los árabes/musulmanes aspirar a la democracia? El solo hecho de plantear esa cuestión supone entender tanto a árabes/musulmanes como a la democracia como esencias ahistóricas, entender lo cultural como natural. Es decir, la pregunta únicamente puede ser respondida por sí o por no a condición de concebir tanto a unos como a la otra en términos de naturaleza.

Si, en cambio, aceptamos que la identidad árabe/musulmana es un constructo y que, por tanto, está en constante movimiento, podremos afirmar que dicho encuentro podrá ser posible (como en todos los casos, por otra parte) de acuerdo a determinada configuración de relaciones de poder. Y entonces

... desde la lectura que establecía un paralelo entre las revueltas árabes y las revoluciones del 89-90, lo que sobresalía era el hecho de que la democracia liberal había llegado a las conciencias árabes como ya lo había hecho en otros lugares del mundo. Ésta se presentaba, así, como un espíritu que recorría el mundo, bendiciendo con su llegada a las distintas zonas del planeta.

podremos pensar que las actuales movilizaciones demandantes de democracia (que, por otro lado, no son todas las movilizaciones en el mundo árabe, más adelante haremos hincapié en la heterogeneidad que las caracteriza) son el producto de cierta transformación al interior de esas relaciones de poder que no solo comprenderán las relaciones de poder domésticas, sino también aquéllas internacionales, jugando en este último caso Estados Unidos, como hegemón del mundo, un papel fundamental. Por otro lado y al mismo tiempo, si entendemos a la democracia liberal no como una necesidad natural y, por lo tanto, universalizable, sino como un modelo socio-político particular y, por tanto, histórico, podremos entender sin establecer ningún enunciado racista que existen espacios en el mundo en que dicho sistema de gobierno no encaja. ¿Porque los habitantes de esas regiones están “incapacitados” para “gozar de los beneficios” de la democracia liberal? No. Porque, como dijimos, la democracia liberal implica un cierto modo de subjetivación que supone la construcción de individuos-ciudadanos. Como señala Ghasan Salame,

“un derecho fundamental del hombre es el de no considerarse unidimensionalmente ‘ciudadano’. Es un derecho fundamental del hombre considerar que el individualismo no es la única aproximación posible a lo político y que, en consecuencia, puede reconocer y adherirse a estructuras intermedias entre el ciudadano y el Estado. La modernidad occidental lo admite, pero a nivel de la asociación voluntaria de los individuos que eligen prescindir de una parte de su autonomía adhiriéndose a un partido, un sindicato o una asociación. Las solidaridades étnicas o confesionales han sido por el contrario consideradas arcaicas, es decir, antimodernas”.

(citado en Martín Muñoz, 2003: 10)

Más allá de que este discurso se estableció como la refutación absoluta de la tesis huntingtoniana, creemos que el hecho de invertirla y sostener que quedó en evidencia que los musulmanes sí pueden/están capacitados para vivir en democracia, los mantiene al interior de un tipo de marco discursivo que sostiene la esencialización de unos y la otra. En primer lugar, porque el carácter histórico y, por tanto, particular de la democracia liberal es negado. Y, en segundo lugar, porque dicha afirmación hace de “los musulmanes” un sujeto homogéneo y ahistórico, siempre igual a sí mismo. En este sentido, es pertinente traer a cuenta la afirmación que realizara Timothy Garton Ash el 9 de febrero en *The Guardian*:

“Esto no significa negar que los patrones religioso-políticos tanto del Islam radical como de aquél conservador y los legados específicos de la historia árabe moderna harán una transición hacia una democracia liberal consolidada más difícil que lo que fue, digamos, en la República Checa. Lo harán. Quizás todo esto resulte terriblemente malo. Pero la

profundamente *condescendiente* idea de que esto ‘nunca podría pasar allí’ ha sido refutada en las calles de Túnez y El Cairo”.⁸

Y en este último sentido podemos encontrar aquí, en la esencialización del Islam, un punto de contacto con el segundo gran discurso que buscamos tratar: la emergencia de la Revolución Islámica iraní como amenaza. Pero de eso nos ocuparemos un poco más adelante.

Las revoluciones europeas II: semejanzas y diferencias con las revueltas árabes

Cada acontecimiento es único; y es importante –desde un punto de vista crítico– captarlo en su singularidad, pues este tipo de captación es el que pone el acento sobre las transformaciones más que sobre las continuidades.

¿Cuál es el punto de contacto que se detecta entre las revoluciones de 1989-90 y las revueltas árabes de 2010-11? Para responder a esta pregunta consideramos importante detenernos aunque sea brevemente en ciertos aspectos de los movimientos que quebraron el *status quo* comunista en Europa oriental y central. Si bien estas revoluciones estuvieron restringidas a sus espacios nacionales geográficos y, por lo tanto, cada una de ellas tiene una particularidad ligada a su singular situación social, política y económica, distintos autores se han esforzado por establecer entre ellas rasgos comunes que permitan analizarlas en tanto homogeneidad. A instancias de lo que aquí nos interesa, quisiéramos detenernos en tres rasgos fundamentales que resaltan varios autores.

En primer lugar, el carácter pacífico de estas revoluciones, definido por la ausencia del recurso a las armas por parte de los pueblos sublevados contra la dirigencia comunista y por la ausencia de respuestas represivas violentas por parte de los gobiernos –con la excepción de la Rumania de Ceausescu– (Azcárate, 1990; Gunder Frank, 1990). Este carácter encuentra dos explicaciones. Por un lado, la política de apertura y respeto por las soberanías nacionales de los satélites soviéticos del entonces Presidente de la URSS, Mijail Gorbachov. En este sentido, Gunder Frank (1990) puede afirmar que la URSS comenzó una política de renuncia voluntaria a sus posiciones imperiales solo comparable con la disolución libremente consentida del Imperio Británico en 1947. La segunda explicación, profundamente ligada a la primera, se encuentra en el derribo de una cierta lectura que Meyer (2009) se encarga de efectuar: el protagonismo de las movilizaciones populares como

⁸ Garton Ash, Timothy, “Not 1989. Not 1789. But Egyptians can learn from other revolutions”, *The Guardian*, 09/02/2011. (Online), disponible en:

<http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2011/feb/09/egypt-can-learn-from-europe-revolutions>.

Las cursivas son nuestras.

motor de las revoluciones europeas. Según este autor y varios otros, puede afirmarse que los movimientos populares solo tuvieron un rol protagónico en los derrocamientos de los gobiernos de la ex Checoslovaquia, la República Democrática Alemana (RDA) y –aunque de manera más compleja– de Rumania. De esta manera, Azcárate (1990) señala que el Sindicato Solidaridad polaco, factor fundamental en el derrocamiento del régimen comunista de ese país, surgió de elementos reformistas del PC local. Del mismo modo, Meyer (2009) centra su estudio en la transformación de Hungría, señalando que en ese país no existieron “esfuerzos desde abajo”, sino que la revolución fue producto de líderes comunistas reformistas que habían hablado de reforma aún antes del anuncio de la *glasnost* y de la *perestroika*.

Una segunda característica resaltada por los distintos autores es el rol de los factores económicos en el descontento social que derivó en el derrocamiento de los gobiernos: frente a la crisis económica sufrida por el bloque soviético se erguía, imponente, el “milagro alemán” de la República Federal Alemana. En efecto, las demandas económicas se extendieron a demandas políticas. De esta manera, los cambios se dieron tanto a nivel político (instauración de la democracia liberal) como en el campo económico (instauración de liberalismo económico). Esto no impidió que la cuestión del rol del Estado, vilipendiado porque aparecía pegado al despliegue de políticas autoritarias, no generara contradicciones. Existió, en efecto, una tensión entre la estatización y la desestatización. Si bien había acuerdos en general entre los elementos componentes de los distintos movimientos acerca de la demanda democrática, a nivel económico se encontraron diferencias. De esta manera, los movimientos estaban cohesionados en torno a su oposición a las dictaduras comunistas, pero no así a su oposición al socialismo como estructura económica. Mientras unos defendían la permanencia de la garantía estatal de los servicios sociales básicos, otros eran partidarios de la desestatización absoluta de la economía y la consecuente instauración de un capitalismo de libre mercado (Gunder Frank, 1990; Taibo, 1998).

Finalmente, un último aspecto destacado por los autores con los que estamos trabajando es el contexto internacional cambiante en el que las revoluciones tuvieron lugar. Según Gunder Frank, por ejemplo, los cambios estratégicos y políticos a nivel mundial supusieron un nuevo contexto en el que pudieron desarrollarse estos movimientos. Estos cambios implicaron entre ellos el fuerte atractivo que ejerció el liberalismo occidental en un contexto en el que la URSS atravesaba una fuerte crisis económica que se extendió a la crítica de su organización política.

Volvamos ahora a la pregunta que abrió estas últimas palabras: ¿cuál es el punto de contacto entre las revueltas árabes y las revoluciones europeas de 1989-90? Hemos visto que los distintos analistas en los medios de comunicación internacionales establecieron este punto en la demanda democrática. Como vimos, la analogía fue establecida con la demanda de democracia liberal convertida en una línea que se presentó atravesando los dos acontecimientos históricos. De esta manera, se buscó establecer a la democracia

liberal no en tanto modelo socio-político particular y, por tanto, histórico, contingente, sino como universalidad, necesaria y ahistórica. De allí que trajéramos a cuenta la política exterior democratizante de la administración Bush, la tesis de Fukuyama acerca del fin de la historia y la tesis huntingtoniana de la incapacidad de los musulmanes de vivir bajo un gobierno democrático.

Ahora bien, aunque es cierto que todos los autores que hemos consultado destacan el hecho de la democracia como un núcleo fundamental de las demandas populares y reformistas de las revoluciones del 89-90, en las revueltas árabes no es ése el caso. No todos los movimientos populares que luchan contra los distintos gobiernos en Medio Oriente tienen como demanda principal o secundaria el establecimiento de un sistema democrático de gobierno. De hecho, la consigna característica en las calles árabes es “El pueblo quiere la caída del sistema” y no tanto consignas pro-democráticas. Al igual que sucedió durante las revoluciones europeas, la cohesión de los distintos sectores movilizados se da a través de una fórmula negativa que exige la caída de los gobiernos de turno. Pero, a diferencia de las revoluciones europeas en las que la demanda democrática era unánime, solo en el caso tunecino y en el egipcio, países con más lazos histórico-culturales con el Occidente liberal, los pueblos articularon esa demanda con una positiva a favor de la democracia (liberal), cuya instauración, por otra parte, aún es incierta debido a la multiplicidad de intereses que convergen en su implementación (intereses no solo de los pueblos, sino de los distintos actores políticos domésticos institucionalizados, de Washington, Teherán, Riad, Tel-Aviv, etc.). ¿Debemos agregar que la no-presencia de la demanda democrática no está ligada a una supuesta incapacidad inscrita en el ADN de estos pueblos?

El resto de las movilizaciones que tienen lugar en el mundo árabe se caracterizó más bien por levantar demandas de reforma política que incluían mayores libertades políticas y civiles, pero no necesariamente un pedido de democracia como sistema de gobierno. Por otra parte, la presencia de relaciones sociales de tipo tribal propias de algunos de estos países (sobre todo en el caso de Yemen y Libia, pero no del todo ausente en otros) hace que el desarrollo democrático de tipo liberal-individual necesite, previamente, una ruptura de estos lazos. Esta transformación exige tal radicalidad que solo sería posible a través de un movimiento de extrema violencia. En este sentido, el caso de Irak y la invasión estadounidense última es un buen ejemplo aunque, desde nuestro punto de vista, fallido. En los casos en los que el pedido de democracia efectivamente emergió, lo hizo más tarde, luego de que los gobiernos asediados respondieran a las demandas populares con políticas fuertemente represivas que en todos los casos supusieron centenares de muertos (como en Bahréin, que acudió a las tropas de los países del Consejo de Cooperación del Golfo –CCG–, con el apoyo de terceros países). Por otro lado, ya que los movimientos no son homogéneos, existen diferencias al interior de los mismos entre sectores pro-democráticos y sectores que no lo son. Así, por ejemplo, en Bahréin, el Wefaq, el partido opositor más importante, pide “reformas profundas” que lleven a la realización de una “verdadera”

monarquía constitucional; en cambio, sectores más radicalizados en su demanda, pero con menos peso institucional, piden la instauración de una república democrática (es el caso del Wafa, el Haq y el Movimiento de Liberación de Bahréin). Es importante notar que este último pedido emergió recién el 9 de marzo, casi un mes después de comenzadas las protestas en el reino del Golfo Árabe/Pérsico y una vez que el gobierno del rey Hamad ibn Isa al-Khalifah las respondiera con violencia.

También en Yemen, un movimiento que comenzó con el pedido de renuncia del presidente Ali Abdullah Saleh y de reformas políticas, pasó a demandar elecciones democráticas luego de la respuesta represiva del régimen. En Siria, las manifestaciones comenzadas en Deraa el 26 de marzo del presente año y que se extendieron por buena parte del territorio, comenzaron reclamando reformas políticas que el presidente Bashar al-Assad había prometido cuando asumió su cargo en julio del año 2000. Los reclamos incluían también el fin de la corrupción y mayor libertad de expresión. Ante la respuesta fuertemente represiva del gobierno, comenzaron a luchar por el derrocamiento de Assad. Asimismo, en Jordania las protestas que se están desarrollando –aunque sin mucha cobertura mediática por tratarse de un aliado de Estados Unidos e Israel– los sectores movilizados exigen más libertades políticas y civiles, la instauración de una “verdadera” monarquía constitucional y, en las últimas manifestaciones, la caída del Primer Ministro, acusado de ser el responsable de las muertes ocasionadas por la represión a manos de las fuerzas de seguridad. En Omán, las protestas que emergieron demandaban reformas políticas, mayores libertades civiles, pero mantenían la fidelidad con el sultán Qabus bin Said. En Kuwait se pidió la caída del Primer Ministro y mejoras en educación y salud. Finalmente, con respecto a Libia, si bien en un primer momento los manifestantes nucleados en torno de la ciudad de Benghazi bregaban por la caída del presidente Muammar Gaddafi y la instauración de un régimen de gobierno democrático, con el desarrollo de los acontecimientos –que derivó en el estallido de una guerra civil y la consecuente intervención de las tropas de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña que más tarde pasó a manos de la OTAN, legitimadas por la resolución 1973 de la ONU– cabe dudar acerca del carácter democrático de la actual resistencia. En efecto, ésta se halla compuesta no solo por sectores pro-democráticos, sino también por ex miembros del gobierno de Gaddafi.^{9 10}

Una vez descartada la cuestión democrática como punto de contacto

⁹ Un caso emblemático es el de Mustaphá Abdeljalil, líder del Consejo Nacional de Transición, con quien el gobierno francés de Nicolas Sarkozy negocia. Abdeljalil, que hoy aparece como el abanderado de la democracia, fue el presidente de la Corte de apelaciones de Trípoli que confirmó la pena de muerte de cinco enfermeras búlgaras y de un médico palestino en el año 2006, acusados de haber inoculado el virus del HIV a 400 niños libios.

¹⁰ Falta la referencia a Arabia Saudita. El hermetismo del gobierno de la Casa de Saud impide que nos manifestemos al respecto. Sabemos que han existido protestas, mayormente centradas en el oriente petrolero y shiíta de Arabia Saudita, pero desconocemos las reivindicaciones de las mismas.

entre ambos movimientos revolucionarios, centrémonos en los demás rasgos comunes a las revoluciones de 1989-90 que señalamos más arriba.

En primer lugar, hemos afirmado, siguiendo a distintos autores, que, con excepción de la revolución rumana, el resto de las revoluciones de Europa oriental y central adoptaron un carácter pacífico. Dijimos, asimismo, que definíamos tal carácter tanto por la abstención de los pueblos a tomar las armas como por la abstención de los gobiernos a dar respuestas violentas a las movilizaciones populares. Si bien con excepción de Libia los pueblos sublevados de Medio Oriente no han recurrido a las armas, en ningún caso las respuestas de los gobiernos se abstuvieron del uso de la fuerza. Todos los gobiernos, incluyendo el de Egipto en un primer momento, respondieron a través de la represión llevada a cabo por las fuerzas armadas respectivas. Como vimos, esto no hizo más que envalentonar a los movimientos populares. Por supuesto que la existencia de prácticas represivas por parte de los gobiernos en contraposición con el carácter más o menos pacífico de las revoluciones europeas está ligado a que en el caso del mundo árabe los cambios no se efectuaron a través de sectores reformistas al interior de la dirigencia. Por el contrario, los diferentes gobernantes afectados por las olas de protestas se aferraron tenazmente al poder. Habría que señalar aquí como excepción el caso egipcio, en el que un sector del gobierno de Hosni Mubarak –y más particularmente las fuerzas armadas– decidieron tomar en sus propias manos la situación y recibieron de esta manera el apoyo del pueblo movilizado.

Por otro lado, si una buena parte de las revoluciones europeas fue realizada por elementos propios de las dirigencias comunistas y, en este sentido, el factor popular no fue determinante, las revueltas en el mundo árabe, por el contrario, tuvieron como protagonistas casi exclusivos a los pueblos: jóvenes y trabajadores formaron el grueso de las movilizaciones que, en el caso egipcio, llegaron a reunir a cuatro millones de personas en la cairota Plaza *Tahrir*. Todas las demás movilizaciones, aunque con un número menor de participantes (diferencia que se explica debido, también, a que Egipto es el país más poblado de la región), contaron con una alta participación de sectores trabajadores y de la juventud estudiantil. En efecto, mientras que los jóvenes estudiantes de clase media utilizaron las nuevas tecnologías como instrumento principal de comunicación, los trabajadores recurrieron a las huelgas generales abriendo otro flanco en el campo económico. Aún más, puede señalarse como característica principal y común a las revueltas en los países árabes que pusieron en jaque a los gobiernos de la región la confluencia, en la movilización, de sectores estudiantiles y trabajadores.

El hecho de que hayan sido estos dos sectores los principales movilizados nos lleva a la consideración del segundo rasgo común en las revoluciones europeas de 1989-1990: el rol de los factores económicos. Por supuesto, estos factores no son exclusivos de los dos movimientos que estamos analizando: no ha habido ninguna revolución que no contara con la presencia de este tipo de factores, si no determinantes, al menos condicionantes. La diferencia entre ambos sucesos históricos, sin embargo, está dada por el

modelo que en cada una de las oportunidades entró en crisis. Las revoluciones de 1989-90 tuvieron como fondo la crisis del modelo de acumulación soviético, frente al cual se erguía, como hemos dicho, el llamado “milagro alemán” como representante del modelo de acumulación capitalista de libre mercado y, en este sentido, una buena parte de los sectores movilizados estaban a favor de la instauración de un modelo liberal también en términos económicos. Las revueltas árabes, en cambio, tienen como fondo la crisis del modelo neoliberal de acumulación, desencadenada en septiembre de 2008 en Estados Unidos y aún no resuelta.

Es interesante, en este sentido, traer a consideración un cierto tipo de análisis que no ha tenido espacio de despliegue en los medios de comunicación internacionales encargados de construir los relatos acerca de los sucesos. En un artículo aparecido a comienzos de marzo del presente año, Nick Beams realiza una interesante observación. A través de ella el autor del artículo titulado “Fuerzas globales conduciendo los levantamientos en Medio Oriente” apunta a aquellas lecturas que han hablado de “contagio” en el desarrollo de las revueltas en los distintos países árabes. Sin estar del todo en desacuerdo con esta afirmación, llama la atención sobre la rapidez del contagio, sosteniendo que ésta da cuenta de “procesos más profundos enraizados en la economía mundial”.¹¹ Luego se centra en el análisis de los casos de Túnez, Egipto y Libia, señalando que el rasgo común en los tres casos (y desde aquí agregaríamos: en todos aquéllos que estamos estudiando) es que un “programa neoliberal de reestructuración del ‘libre mercado’ de largo alcance ha tenido lugar en todos ellos en el período reciente”.¹² La instauración de políticas neoliberales en Medio Oriente ha sido llevada a cabo por los gobiernos en el poder –alentados tanto por la Unión Europea como por Estados Unidos– y ha consistido en la privatización de servicios públicos esenciales, el retroceso de las regulaciones financieras y económicas nacionales, la destrucción de decenas de miles de empleos estatales y recortes en los subsidios estatales, todas medidas supervisadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). De los países analizados solo Arabia Saudita y Bahrein, por su capacidad petrolera, han sorteado las recetas de los organismos de crédito internacionales.

Estas medidas político-económicas implicaron la apertura indiscriminada de los mercados de estos países a la inversión extranjera y a la importación de productos de fabricación foránea ante cuya presencia los capitales locales en la mayoría de los casos se retiraron por falta de competitividad. A esto se sumó el aumento de los precios de los alimentos. Según un índice confeccionado por la Organización de Alimentos y Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), los precios para una canasta internacional de alimentos que inclu-

¹¹ Beams, Nick (2011), “Global forces driving uprisings in the Middle East”, 05/03/2011. (Online), disponible en <http://www.wsws.org/articles/2011/mar2011/pers-m05.shtml>.

¹² Ib.

vera lácteos, carne, azúcar, cereales y oleaginosas se dispararon en más del 30% entre junio y diciembre del año pasado.¹³ Al aumento generalizado de precios de los alimentos, entonces, se sumaron varios factores desde el punto de vista económico. La retirada del Estado, por un lado, implicó que abandonara sus mecanismos de igualación e inclusión; por otro lado, supuso un profundo recorte en el empleo estatal que, teniendo en cuenta el importante rol de empleador que el Estado ejerce en varios países del mundo árabe, sobre todo en lo atinente al empleo de las clases medias profesionales, disparó los niveles de desempleo. Así, para el año 2010, según el *CIA Worldfact Book*, las tasas de desempleo eran las siguientes: Siria, 8.3%; Egipto, 10%; Arabia Saudita, 10.8%; Túnez, 14%; Bahréin, 15%; Libia, 30%; Yemen, 35%.¹⁴ Dentro de los sectores sociales golpeados por el desempleo, los más afectados fueron los jóvenes, lo cual explica que el gatillo de la revuelta tunecina que luego se expandió a los demás países de la región haya sido la inmolación de un joven desempleado. Si, según el Foro Joven Árabe realizado casi premonitoriamente en Sharm El-Sheikh el 18 de enero de 2011, el desempleo árabe llegaba a unas tasas del 21% (una de las tasas más altas de desempleo del mundo en términos regionales), el 53% de desempleo lo explicaba el sector juvenil. Este último porcentaje es producto, asimismo, del rápido aumento demográfico que testimonia esta región. A estos datos que dan cuenta de la incidencia de los factores económicos y de la crisis del modelo neoliberal en las revueltas populares, hay que sumarle, por supuesto, el profundo impacto que sufrieron las economías de estos países, fuertemente atadas a los países centrales. De esta manera, en el caso de los países productores de petróleo, por ejemplo, la recesión en los países consumidores del crudo regional impactó fuerte y negativamente en sus exportaciones.

El discurso fukuyamista que ve en las revueltas árabes la marcha triunfal de la democracia liberal no es en modo alguno inocente. Sus defensores sostienen que dicho sistema de gobierno debe estar acompañado de la aplicación de las recetas neoliberales en el ámbito económico. De esta manera, Hillary Clinton, Secretaria de Estado de Estados Unidos, pudo afirmar en Egipto: “sabemos que la reforma política debe ser combinada con una reforma económica”.¹⁵ No son pocos los autores que afirman –entre ellos Samir

El discurso fukuyamista que ve en las revueltas árabes la marcha triunfal de la democracia liberal no es en modo alguno inocente. Sus defensores sostienen que dicho sistema de gobierno debe estar acompañado de la aplicación de las recetas neoliberales en el ámbito económico.

¹³ <http://www.fao.org/worldfoodsituation/wfs-home/foodpricesindex/en/>

¹⁴ <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/fields/2129.html>

¹⁵ Clinton, Hillary R., “Remarks with Egyptian Foreign Minister, Nabil Al-Araby”, 15/03/2011. (Online), disponible en: www.state.gov/secretary/rm/2011/03/158404.htm

Amin— que, en este sentido, las intervenciones estadounidenses en los procesos que tienen lugar en Medio Oriente apuntan al mantenimiento del sistema neoliberal que acompañó a las dictaduras de la región¹⁶. Y así deben ser entendidas las palabras de Hillary Clinton en su visita a Egipto luego del derrocamiento de Hosni Mubarak: “el crecimiento de Egipto a largo plazo no depende del empleo del gobierno sino del empleo en el sector privado. Entonces, cuanto más inversión extranjera directa podamos ayudar a alentar y apoyar, creemos que será beneficioso para el pueblo egipcio”.¹⁷ Si una buena parte de los movimientos en la Europa oriental y central de fines de la década del 80 y principios del 90 del siglo pasado, aquejados por la crisis económica que sufría el bloque soviético, miraban admirados el “milagro alemán” y se dirigían hacia la instauración de un modelo de acumulación neoliberal, en el caso de las revueltas árabes fue este mismo modelo, ya vigente

... no debe entenderse que lo que estamos sosteniendo es que las actuales revueltas en el mundo árabe representan el fin de un tipo de sistema internacional. Lo que queremos decir es que son un componente de un proceso de transformación de una determinada configuración de las relaciones de poder caracterizada por el unipolarismo norteamericano.

—como vimos— en todos los países de la región, el que entró en crisis. Es decir que, en este sentido, tampoco las revueltas árabes comparten este rasgo con las revoluciones europeas en contra de las dirigencias comunistas.

Finalmente, sostenemos que si existe alguna analogía entre las revoluciones europeas de los años 1989 y 1990 que derrocaron a los Partidos Comunistas gobernantes de los distintos países y las revueltas y revoluciones árabes que tuvieron lugar a fines del 2010 y comienzos del 2011 y se extienden hasta la actualidad, es la existencia, enmarcando ambos movimientos, de profundas transformaciones en la configuración de las relaciones de poder a nivel mundial. Que se entienda bien: cuando nos permitimos hacer este tipo de afirmaciones no estamos pensando que estos cambios estructurales en el ámbito de las relaciones internacionales se den en un único punto de la historia. La construcción del relato histórico más tarde sí viene a fijar movimientos múltiples y sincrónicos en símbolos y mitos (ver al respecto,

Barthes, 2003) que se yerguen condensando toda la carga en un único acontecimiento. Es decir que no debe entenderse que lo que estamos sosteniendo es que las actuales revueltas en el mundo árabe representan el fin de un tipo de sistema internacional. Lo que queremos decir es que son un componente de un proceso de transformación de una determinada configuración de las relaciones de poder caracterizada por el unipolarismo norteamericano.

¹⁶ Amir, Samin, “What is happening in Egypt”, 15/02/2011. (Online), disponible en: <http://mrzine.monthlyreview.org/2011/amin150211.html>

¹⁷ www.state.gov/secretary/rm/2011/03/158404.htm

Un claro ejemplo de lo que estamos intentando decir es la fijación de la derrota de la URSS, y la consecuente victoria de Estados Unidos, como representantes respectivos del comunismo y del capitalismo liberal en la caída del muro de Berlín. Ese momento, en efecto, fue construido para concentrar la multiplicidad de movimientos que se venían gestando con anterioridad a ese hecho en una unidad que vino a simbolizar el cambio en la configuración de las relaciones de poder mundial.

Sostenemos que con la caída del unipolarismo que estamos presenciando, es decir, con la pérdida de poder relativa de Washington, acontece algo semejante. Desde nuestro punto de vista y más allá de su continuado rol como superpotencia militar, Estados Unidos ha transitado en los últimos años, pero sobre todo a partir del empantanamiento en Irak y Afganistán y de la pujanza de China (e India en menor medida) como competidor económico alentado por la profunda crisis económica que lo afectó a partir del año 2008, una persistente pendiente de descenso. La administración Bush, en este sentido, hizo un esfuerzo desesperado por revertir esta situación que fue contraproducente en términos de los intereses estadounidenses; la administración Obama, por su parte, se debate entre la necesidad de mantener su posición de hegemón a nivel mundial y lidiar con los innumerables conflictos domésticos de una crisis que aún no ha encontrado una solución que le calce. El objetivo externo, por otra parte, implica mantener un impresionante despliegue militar, activo en Afganistán y –aunque en menor medida desde la retirada de una buena parte de las tropas– en Irak, y también activo en la actualidad –aunque con un perfil morigerado– en la intervención en Libia.

Creemos que es aquí, entonces, donde podemos encontrar (si así lo deseamos) el mayor punto de contacto: en la caída de una cierta configuración de las relaciones internacionales. Volveremos a este punto cuando hayamos analizado la segunda lectura que se nos presentó: aquella que destacaba la continuidad entre los movimientos árabes y la Revolución Islámica en Irán en 1979.

La Revolución Islámica de 1979

En efecto, la otra lectura que queríamos tratar es aquella que también estableció una analogía con un acontecimiento pasado, pero, en esta oportunidad, en un sentido negativo. En este caso, los levantamientos árabes avivaron no ya un espíritu, sino un fantasma: aquél de la Revolución Islámica de Irán de 1979. Esto se hizo no tanto en cuanto al proceso, como fue el caso de la comparación con las revoluciones europeas, sino en relación con el resultado. El temor expresado allí radicaba en la posibilidad de que las revueltas en el mundo árabe derivaran en la instauración de regímenes islámicos considerados *a priori* como enemigos de Occidente.

Al igual que el triunfo de la revuelta popular en Egipto (acontecida un 11 de febrero, día en el cual Hosni Mubarak presentó su renuncia, cediendo

todos los poderes al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas), la Revolución iraní también es fechada el 11 de febrero, aunque del año 1979, momento en el cual el ejército juró lealtad al nuevo Consejo Revolucionario. Es ésta una brutal, azarosa y casual coincidencia entre estos dos acontecimientos históricos. Un mes después, en Irán, tendría lugar el referéndum que proclamaría la República Islámica. Pero no es aquí donde encontraremos el punto de contacto entre esta revolución y las revueltas árabes, tampoco lo será en su carácter islámico. Adelantándonos un poco, creemos que si de encontrar puntos en común se trata, es posible destacar como tal la fuerza de las movilizaciones populares que, en ambos casos, fueron elementos fundamentales.

Veamos algunos de los rasgos de la Revolución Iraní de 1978-1979 que distintos autores han coincidido en remarcar e intentemos ponerlos contra el fondo de las revueltas árabes. Foucault ha realizado un muy interesante seguimiento de la Revolución Islámica como corresponsal para el periódico italiano *Il Corriere della Sera*.¹⁸ Allí distingue algunos rasgos que serían también destacados por otros autores. Uno de ellos –y el más importante desde el punto de vista del filósofo francés, quien veía allí, en los primeros meses de la Revolución, un modo distinto de ejercicio del poder–¹⁹ es su carácter islámico. Y es éste el primer punto que quisiéramos tratar. Asegura Foucault, en ese sentido, que *la Revolución iraní fue desde un primer momento islámica*, fijando como fecha de su comienzo el día 8 de enero de 1978, cuando se publica en un diario gubernamental, es decir, manejado por las fuerzas del sha, un artículo injurioso hacia el ayatollah Jomeini que provocó protestas en Qom, centro mundial de los estudios shiítas, las cuales fueron fuertemente reprimidas, generándose, de esta forma, nuevas manifestaciones. Las pésimas condiciones socio-económicas en las que vivía el pueblo iraní también funcionaron como disparadores de su alzamiento, pero, a diferencia de las revueltas árabes actuales, los iraníes se refugiaron en las mezquitas. Allí, los *mullahs* les hablaban en contra de Occidente y del sha. La religión era, entonces, la *fuerza* que movilizaba, el *motor* de la Revolución Iraní.

Las voces partidarias de la lectura de las revueltas árabes que estamos

¹⁸ Los textos escritos por Foucault aparecieron en *Il Corriere della Sera* entre el 28 de septiembre de 1978 y el 13 de febrero de 1979. Más tarde, Foucault continuaría interviniendo en el análisis del proceso revolucionario en periódicos franceses como *Le Matin*, *Le Nouvel Observateur* y *Le Monde*. Ver Foucault, 1994: 662-794.

¹⁹ Foucault resaltaba el rol jugado por la religión en la Revolución Iraní, en lugar de oponerse a ella como signo de anti-iluminismo: “Se cita siempre a Marx y el opio del pueblo. La frase que inmediatamente antecede y que no se cita nunca dice que la religión es el espíritu de un mundo sin espíritu. Digamos entonces que el Islam, en el año 1978, no fue el opio del pueblo, justamente porque fue el espíritu de un mundo sin espíritu” (1994: 749). Asimismo, afirmaba frente a quienes allí veían un retroceso, su carácter novedoso: “Es quizás la primera gran insurrección contra los sistemas planetarios, la forma más moderna de la revuelta y la más loca” (Foucault, 1994: 716). Gómez Parra coincide con esta afirmación al sostener que la Revolución Islámica es el único desafío político que escapa verdaderamente a las dinámicas de los sistemas occidental y soviético, pues “se trata de un fenómeno transversal a nuestra civilización” (1989: 17).

analizando –aquella que planteó el temor a un nuevo 1979–, se sostenían sobre un relato histórico de la Revolución Iraní del todo distinto, en el que ésta era entendida como una revolución que no había sido islámica desde un primer momento, sino que había *devenido* islámica (véanse los numerosos artículos publicados por Barry Rubin con anterioridad a la caída de Mubarak).²⁰ De ahí, entonces, la posibilidad de la analogía, puesto que era evidente que las revueltas en el mundo árabe no estaban guiadas por una vocación islamista. En este sentido, Hillary Clinton podía afirmar:

“Los pueblos de Medio Oriente y de África del Norte tienen el talento y el vigor para construir economías vibrantes y democracias sustentables –tal como lo han hecho otros ciudadanos en otras regiones largamente retenidas por sistemas políticos y económicos cerrados, desde el Sudeste de Asia hasta Europa del Este y hasta Latinoamérica. No será fácil. Irán provee un poderoso cuento con moraleja para las transiciones que están teniendo lugar en la región. Las aspiraciones democráticas de 1979 fueron subvertidas por una nueva y brutal dictadura.”²¹

El temor a la llegada al poder de movimientos políticos sostenidos sobre una plataforma vindicativa de la identidad musulmana fue, en efecto, lo que guió a Washington en la mayoría de sus políticas hacia los países que atravesaban revueltas. Éstas no solo estaban atravesadas por un cálculo geopolítico que se dirigía a la contención de Irán y evitar que el país persa ganara influencia sobre los nuevos gobiernos que podrían surgir de las revueltas, sino por un temor a cualquier expresión política que buscara en la religión islámica sus estandartes. El Islam ha sido convertido en una amenaza para Washington desde la emergencia de la República Islámica de Irán y aún más desde los atentados del 11 de septiembre de 2001. A partir de entonces, un manto de sospecha se ha desplegado sobre cualquier movimiento político que reivindicque la identidad musulmana, sin importar las diferencias existentes entre esos distintos movimientos, o más bien, homogeneizándolos bajo el significativo Islam convertido en sinónimo de peligro.

El Islam ha sido convertido en una amenaza para Washington desde la emergencia de la República Islámica de Irán y aún más desde los atentados del 11 de septiembre de 2001.

²⁰ Barry Rubin es editor de *Middle East Review of International Affairs* (MERIA). Ver, entre otros: Rubin, Barry, “Prepare for the worst: While we’d all like to see a stable, democratic Egypt, that is probably the least likely outcome from this crisis”, 01/02/2011. (Online), disponible en <http://www.cicweb.ca/scene/2011/02/prepare-for-the-worst-barry-rubin-on-egypt/>; Rubin, Barry, “Obama must back Egypt’s regime, or face a disaster like US did in Iran”, 02/02/2011. (Online), disponible en <http://spme.net/cgi-bin/articles.cgi?ID=7648>

²¹ Clinton Hillary, “Remarks at the US-Islamic World Forum”, 14/02/2011. (Online), disponible en: <http://www.state.gov/secretary/rm/2010/02/136678.htm>

La derecha en el gobierno israelí también dio cuenta de su temor a que las revueltas árabes redundaran en beneficios para la potencia persa. De esta manera, el Primer Ministro israelí, Benjamin Netanyahu, dio a conocer esa sospecha en una entrevista exclusiva que otorgó a la AFP en abril del presente año. Allí, el líder del Likud utilizó la metáfora estacional de la “primavera árabe” para advertir sobre la posibilidad de la llegada de un “invierno iraní”, llamando la atención sobre los peligros que se cernían sobre la convulsionada región. Asimismo, múltiples artículos en diarios y revistas especializadas internacionales dieron cuenta de un continuismo del fantasma islámico, levantado en la década del 90 por intelectuales estadounidenses como Samuel Huntington, Daniel Pipes y Bernard Lewis, señalando los peligros que existían de que el renacer árabe se convirtiera en un peligro para las potencias liberales.

Ahora bien, sin detenernos en el tema, creemos que es importante apuntar aquí que el Islam apareció como amenazante presencia pero también como feliz ausencia. En efecto, las referencias a la religión islámica abundaron no solo entre aquellos que buscaron establecer una analogía entre la Revolución Islámica de 1979 y las revueltas árabes, sino también entre los partidarios de la primera lectura que analizamos. Estos últimos se encargaron de resaltar una y otra vez el carácter exento de peligros que revestía la “primavera árabe”, remarcando la ausencia de grupos o simbología islámica en los procesos populares.²² Creemos que ambas lecturas están atravesadas, finalmente, por el miedo al Islam político y que ninguna de las dos es totalmente acertada: el Islam no estuvo totalmente ausente en las revueltas populares, pero tampoco cobró una presencia que pueda ser equiparable a aquélla cobrada durante la Revolución Iraní.

Se visibilizó en distintas instancias. Así, se hizo presente en los múltiples gritos de “*Allahu Akbar*” (“Alá es grande”) que acompañaron las protestas en todos los países árabes revolucionados. En Libia, por ejemplo, los opositores al gobierno de Muammar Gaddafi cantaban: “No hay más dios que Alá, Muammar es el enemigo de Alá”. Asimismo, la oración de los viernes (*yumu’ah*), oración destinada a efectuarse en comunidad, obligatoria para los adultos hombres, meritoria para el resto, se ha convertido en todos los países árabes en un disparador de las protestas. Es luego de estas congregaciones comunales cuando las mayores manifestaciones han tenido lugar. Por otro lado, ciertas agrupaciones políticas islámicas han participado activamente en ellas y/o han buscado capitalizar las victorias de los movimientos populares, siendo el caso más sobresaliente el de la Hermandad Musulmana egipcia, pero también aquél del líder tunecino Rashid Al-Ghannoushi, fundador del partido islamista *Nahda*, quien regresó de su exilio a Túnez luego de la

²² Este tipo de enunciados debe ser contrastado con aquéllos que insisten en colocar el signifi-
cante islámico o musulmán luego de aquél de terrorismo. En este sentido, contribuye eficazmente a la demonización del Islam, pues descarta la posibilidad de que éste pueda realizarse bajo alguna forma de democracia y, en cambio, resalta sus figuras violentas.

victoria de los manifestantes pro-democráticos. Las imágenes que hemos podido testimoniar de los espacios de congregación a través de los medios de comunicación internacionales nos han mostrado, asimismo, multitudes rezando en dirección a La Meca. En conclusión, la afirmación de que el Islam está ausente en las manifestaciones es fácilmente refutable. Lo que no significa, sin embargo, que podamos hablar de expresiones pro-islámicas. En palabras de Roy: “Esto no quiere decir evidentemente que los manifestantes sean laicos, sino simplemente que no ven en el Islam una ideología política para crear un orden mejor: son más bien de un espacio político secular”.²³

Quienes así lo han hecho han realizado una lectura centrada en la amenaza islámica, temiendo que posibles resultados democráticos en ciertos países sacudidos llevaran al poder a agrupaciones políticas que levantan estandartes islámicos y que podrían identificarse con Irán. En efecto, este relato está fuertemente condicionado por cálculos geopolíticos que temen el aumento del poder regional de la potencia persa. Desde la Revolución de 1979, cuando sectores populares, clericales y organizaciones políticas derrocaron al sha Reza Pahlévi, férreo aliado de Estados Unidos, para quien funcionaba como “gendarme de la región”, Irán fue transformado en un temible enemigo y un obstáculo para el desarrollo de los intereses norteamericanos en el mundo. Se convirtió, así, y con el paso del tiempo, en “la principal amenaza a la paz mundial”. Este tipo de retórica es copiada y utilizada por los gobiernos de la región, sobre todo por los Estados del Golfo, que se enfrentan a la hegemonía regional del país con mayor cantidad de musulmanes shiítas en el mundo. Es así como, por ejemplo, puede explicarse que el gobierno de la República Islámica sea acusado de fomentar las revueltas populares en el reino de Bahreín, donde la mayoría shiíta es gobernada por la minoría sunnita, permitiéndole al CCG²⁴ intervenir militarmente para reprimir violentamente las protestas en nombre de la defensa de un miembro contra un peligro que es construido como extranjero. No es de extrañar tampoco, en este sentido, que haya sido el gobierno de Israel —enemigo principal de Irán— el que haya insistido más fuertemente con respecto a la amenaza islámica.

Ahora bien, no solo la Revolución de 1979 no ha tenido mayor influencia en las movilizaciones populares que aquejan a los gobiernos de la región,

No solo la Revolución de 1979 no ha tenido mayor influencia en las movilizaciones populares que aquejan a los gobiernos de la región, sino que no está tan claro que la potencia persa resulte ser la ganadora de los cambios que puedan producirse en el mapa geopolítico meso-oriental.

²³ Roy, Olivier, “Révolution post-islamiste”, *Le monde*, 12/02/2011. (Online), disponible en : http://www.lemonde.fr/idees/article/2011/02/12/revolution-post-islamiste_1478858_3232.html

²⁴ Organismo regional formado por Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Omán, Bahreín y Kuwait.

sino que no está tan claro que la potencia persa resulte ser la ganadora de los cambios que puedan producirse en el mapa geopolítico meso-oriental. En efecto, por un lado, ninguna organización política (ni islámica ni secular) ni sectores populares no organizados partícipes de las movilizaciones en los distintos países árabes han levantado simbología que pudiera remitirnos a una identificación con la Revolución Iraní. Aún más, los movimientos cuya llegada al poder luego de la instauración de sistemas democráticos en determinados países más se teme, se han apresurado a distanciarse del gobierno iraní más allá de los intentos del ayatollah Khamenei y del Presidente Ahmadinejad de capitalizar los movimientos árabes en su favor. Así, los Hermanos Musulmanes, por traer un ejemplo que ha cobrado mucha relevancia en los medios internacionales, han salido a negar en repetidas oportunidades lazos con la República Islámica con el propósito de no enfrentarse innecesariamente a Estados Unidos e Israel en un futuro posible gobierno por ellos liderado.

Por otro lado, y ligado a lo anterior, está en duda que Irán resulte el vencedor en el lento pero seguro reacomodamiento de fuerzas que está teniendo lugar en Medio Oriente. Trataremos este punto con más amplitud un poco más adelante, pero digamos por el momento dos cosas: por una parte, Turquía ha emergido como un posible modelo en el debate del espacio que es deseable que la religión islámica ocupe en los aparatos estatales; por otra, si bien las revueltas ocurridas en Irán han sido fácilmente acalladas por el gobierno, las movilizaciones populares en Siria con el objetivo de derrocar al presidente Bashar al-Assad, pueden hacer temblar la fuerte e imbricada alianza sirio-iraní, uno de los ejes sobre los que se sostiene el poder persa. A pesar de que los lazos entre ambos países son estratégicos, es decir, que pueden perdurar más allá del gobierno que esté en el poder, los sucesos que afectan al gobierno de Damasco no dejan de ser intranquilizadores para Teherán.

El carácter motor de lo islámico en la Revolución de 1979 –para finalizar con este punto– se evidencia también en el hecho de que desde el primer día emergió un líder que era un líder religioso: el ayatollah Jomeini. Éste había sido el rostro de la oposición al sha mucho antes de desatada la Revolución, lo cual le había valido el exilio (Heikal, 1982). Si bien los distintos sectores populares movilizados, al igual que en las Revoluciones de 1989 y al igual que en las que estamos atestiguando en el mundo árabe, estaban cohesionados por un fuerte rechazo al régimen (del sha), pero no compartían un programa positivo común y, en este sentido, las distintas voces se concentraban en un mismo leitmotiv –“no queremos *este régimen*” (Foucault, 1994: 679)–, existían afirmaciones positivas que ponían en evidencia el rol jugado por el ayatollah y por la religión islámica: “Islam, Islam, Jomeini, te seguiremos” (Foucault, 1994: 689). Las actuales revueltas árabes, en cambio, carecen de la figura de un único líder identificable. El importante rol que han cumplido las nuevas tecnologías ha dado forma a insurrecciones más bien espontáneas y anónimas, en las que sobresalen varios nombres

que, no obstante, lejos están de poder dirigir a los múltiples y heterogéneos sectores convocados. Esto explica que sean los partidos políticos más o menos previamente organizados los que tengan la capacidad de capitalizar el movimiento. Es el caso de los Hermanos Musulmanes en Egipto, el Wafq en Bahrein, y los distintos Consejos o Juntas que se han establecido, siendo el Consejo Nacional de Transición en Libia y la Reunión Conjunta de Partidos en Yemen los organismos más sobresalientes. Foucault (1994) señala que la Revolución Iraní no fue una revolución igual a las que se estaba acostumbrado: organizadas, con partidos políticos, con armas. Por el contrario, se trató de una revolución cuyo protagonista principal fue el pueblo que decidía *escuchar* a los mullahs. Y es aquí, en este protagonismo popular donde, quizás, podría hallarse un punto de contacto entre la Revolución Iraní y las actuales revueltas árabes.

Una segunda y fundamental característica de la Revolución Iraní es su carácter anti-occidental. Rodríguez Zahar la define como una revolución de masas dirigida por una élite clerical que se empeñó en crear una teocracia (1991: 9). “Es una revolución que unió a poseedores con deposeídos para reivindicar el Islam, El Corán y el Imamato continuo” (Rodríguez Zahar, 1991: 10). En este sentido, la define como una revolución conservadora. Que el autor citado utilice este último adjetivo está fuertemente ligado a la auto-concepción de Occidente como sinónimo de modernización. Todo lo que vaya contra esta entidad político-cultural está, por tanto, *a priori* calificado de no-moderno. Y, en efecto, otro elemento central de la Revolución fue su reacción al avance cultural de Occidente. Esto quedó retratado no solo en la toma de la Embajada de Estados Unidos por estudiantes iraníes durante 444 días entre 1979 y 1981, sino incluso antes de que saliera victoriosa la Revolución. Así, los días 4 y 5 de noviembre de 1978 tuvo lugar lo que fue llamado “fin de semana de Teherán”; durante esos días, todo lo que evocaba a Occidente y al sha fue quemado. El hasta entonces gobernante iraní era un firme aliado de Washington, que lo había convertido en su “gendarme regional”. Los *mullahs* y el pueblo lo acusaban de haber hecho a un lado la religión islámica y la tradición cultural, y de haber intentado occidentalizar Irán; allí veían las razones de la decadencia iraní. El sha y Occidente fueron igualados y las protestas se hicieron tanto contra uno como contra el otro.

Las revueltas en el mundo árabe, en cambio, sin ser pro-occidentales, no se enfrentaron a Occidente. Solo por citar algunos ejemplos. Primera imagen: luego del último discurso que diera Mubarak al pueblo egipcio, un día antes de su caída, cuando todos esperaban que renunciara y, en cambio, no se pronunció al respecto, el pueblo reunido en la Plaza *Tahrir* arrojó miles de zapatos a las pantallas que transmitían el mensaje presidencial. Esta acción emuló aquella del periodista iraquí que, en una conferencia de prensa, arrojó un zapato al entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush. Segunda imagen: los llamados “rebeldes” libios piden la ayuda de Occidente en su lucha contra Gaddafi (también se oyen pedidos de ayuda a Occidente por parte de los manifestantes sirios). Tercera imagen: en Manama, capital

de Bahréin, docenas de manifestantes se reunieron frente a la Embajada de Estados Unidos para repudiar el apoyo de Washington al gobierno del Rey al-Khalifa, en marzo de este año. Como puede apreciarse, los signos en este sentido son confusos, pero de ninguna manera es factible afirmar que estamos presenciando una revuelta de carácter anti-occidental.

Para finalizar, como todas las revoluciones, incluyendo la actual árabe, la iraní implicó profundas transformaciones no solo en el ámbito interno sino también en el regional. Por tratarse de una revolución fuertemente anti-occidental y particularmente anti-Estados Unidos, supuso una pérdida irreparable para Washington. Hasta entonces y aún más luego del golpe de Estado propiciado por la CIA en 1953 contra el líder nacionalista Mossadegh, Irán había funcionado como “el gendarme de la región” de la potencia norteamericana y había sido uno de los pilares fundamentales de su política en Medio Oriente. La Revolución puso fin a esto y cambió la configuración regional enfrentando a los Estados del Golfo con la nueva República, enfrentamiento que se mantiene hasta la actualidad. Como factor de alivio para Washington, en marzo de 1979 Egipto e Israel firmaron el tratado de paz que pondría fin a las guerras árabe-israelíes que habían sacudido a la región desde la instauración del Estado de Israel en tierras palestinas y que formalizaría la alianza egipcio-estadounidense.

Las actuales revueltas árabes también suponen un profundo cambio en la configuración de las relaciones de poder regionales y, desde nuestro punto de vista, constituyen un importante síntoma de transformaciones a nivel mundial. En este sentido, es muy interesante prestar atención a los roles jugados por las distintas potencias liberales y también por otras no-liberales como China y Rusia. El caso de Egipto es, de este modo, destacable. Egipto era, junto a Arabia Saudita, y una vez que la Revolución iraní quebró la relación con Estados Unidos, uno de los dos pilares de la política de Washington en la región. Esta relación, que había comenzado con el gobierno de Sadat y continuó con el de su sucesor, Mubarak, se basaba en el mantenimiento de los gobiernos aliados en El Cairo. Las presiones populares para la caída de Mubarak supusieron, entonces, para Estados Unidos, cuya lógica gubernamental a nivel mundial se sostiene sobre un universalismo humanitario que fomenta la libertad individual, un fuerte desafío. La administración Obama ofició entonces de equilibrista, intentando no perder a Egipto como aliado y, al mismo tiempo, apoyando una “transición ordenada” a la democracia que le permitiera mantener el control de la situación (de allí que apoyara al principal aliado de Washington: el ejército egipcio).

Los casos de Bahréin y Siria no son menos destacables. Bahréin es anfitrión de la V Flota estadounidense que tiene como objetivo defender los intereses de la potencia norteamericana en un área especificada. Su misión, en efecto, cubre los países de Afganistán, Bahréin, Egipto, Irán, Irak, Jordania, Kazajistán, Kirguistán, Líbano, Omán, Paquistán, Qatar, Arabia Saudita, Siria, Tayikistán, Turkmenistán, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Uzbekistán y Yemen; incluyendo, asimismo, los intereses estadounidenses en el Golfo

Árabe/Pérsico, el Mar Rojo, el Golfo de Omán y partes del Océano Índico.²⁵ Al mismo tiempo, tiene una población shiíta mayoritaria que podría obtener apoyo de la potencia shiíta vecina, Irán, cambiando el equilibrio de poder en la subregión del Golfo. Aquí la administración Obama apoyó (o, cuanto menos, no condenó) la política represiva llevada a cabo tanto por el CCG como por las autoridades bahreiníes, esperando mantener allí el actual equilibrio de poder. En cambio sobre Siria, aliado iraní, se está barajando la posibilidad de aplicar sanciones unilaterales y buscarlas a través de distintos organismos multilaterales.

Francia, Italia, Gran Bretaña y Alemania, por su parte, cada uno con su especificidad, están fuertemente presentes en los sucesos regionales, siendo el caso más evidente el de la intervención en Libia. Dichos países no sólo tienen intereses puntuales en cada uno de los países en los que intervienen, buscando ocupar algunos de los espacios que Estados Unidos se ve obligado a abandonar, sino que se enfrentan con la inmigración de quienes huyen de sus países natales y buscan refugio allí. Entonces, intervienen militarmente en Libia en nombre de la protección de su población, pero llevan a cabo duras políticas anti-migratorias cuando esas mismas poblaciones intentan llegar a sus territorios.

A modo de conclusión

*“la historia ¿habrá acabado?
¿será el fin de su paso vagabundo?
¿quedará aletargado
e inmóvil este mundo?
¿o será que empezó el tomo segundo?”*
Mario Benedetti, “Lo dice Fukuyama”

Como dijimos, si en algún punto se encuentran las revoluciones del 89-90 en Europa y las actuales en la región árabe, es en este espacio en el que pueden ser ambos movimientos entendidos a un tiempo como efectos y protagonistas de profundas transformaciones en las relaciones de poder mundiales. Claro que estos cambios afectan en primera instancia a la región. Un rasgo que comparten las revueltas árabes es que los líderes de los gobiernos asediados intentan justificar las políticas represivas hablando de “conspiraciones extranjeras”. Desde nuestro punto de vista, ninguno de los levantamientos en los países árabes ha sido instigado por gobiernos foráneos. En este sentido, son movimientos nacionales y populares. Esto no quita, sin embargo, la posibilidad de que puedan ser utilizados por los distintos países enfrentados hace largo rato por la hegemonía regional. Este enfrentamiento se puso a la orden del día una vez que quedó en claro que Estados Unidos había sido derrota-

²⁵ www.cusnc.navy.mil

do en Irak y que allí la victoria política había sido de Irán, viéndose Arabia Saudita aún más amenazada en su vocación hegemónica por la potencia persa. Es por esto que Roy (2008) pudo afirmar que las líneas de división en Medio Oriente habían virado de la división árabe-persas-judíos a la división sunnitas-shiítas, a tal punto que no sería descabellado pensar en una alianza de Israel con los países del Golfo –con Arabia Saudita a la cabeza– para enfrentar a Irán. Así puede entenderse, también, la intervención armada de los Estados sunnitas del CCG en Bahréin y el cierre de fronteras al sur de Siria con Jordania. Allí las protestas tienen su foco principal en la ciudad de Deraa, lindante con Jordania.

No hay que menospreciar, sin embargo, el rol que juega Turquía en este reacomodamiento de fuerzas. A partir del año 2002, año en que el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) liderado por Recep Tayyip Erdogan ganó en las elecciones generales, y aún más cuando fue reelegido en 2007, los partidos nacionalistas tradicionales (kemalistas) han perdido fuerza en Turquía. Se instauró entonces lo que ha sido dado en llamar el “modelo turco” que, sin entrar en mayores detalles, supone una convivencia armónica entre los valores liberales y los tradicionales, cuando no islámicos. En efecto, la novedad del AKP es que incorpora al juego político al Islam, una fuerza continuamente reprimida por aquellos que se consideran los custodios de la integridad de Turquía. Ahora bien, esta incorporación no se da eliminando del juego político al secularismo, es decir, no se da en contraposición con éste; ni siquiera en contraposición a Occidente. Los distintos autores coinciden en que no existe una división tajante entre secularismo, nacionalismo e Islam (Caha, 2003; Kentel, 2008; King, Toprak y Uslu, 2009). Es este el modelo que se ha traído a cuenta cuando busca pensarse en un futuro Estado egipcio conducido por la Hermandad Musulmana.

En el ámbito de la política exterior, sin dejar de lado la vocación de Turquía de ingresar en la Unión Europea, el AKP ha desarrollado el concepto de profundidad estratégica hacia el sur, sosteniéndose sobre los países de Medio Oriente. Así, en los últimos años y desde la negativa del gobierno de Ankara a ceder parte de su territorio para la invasión liderada por Estados Unidos a Irak en 2003, Turquía ha vuelto a jugar fuerte en el mapa meso-oriental. De esta manera debe entenderse la mediación entre Siria e Israel en el año 2008 en las conversaciones por las Alturas del Golán; el envío de la flotilla de ayuda humanitaria a Gaza, cuyos tripulantes fueron interceptados y asesinados por el ejército israelí en el año 2010; la aparición de Erdogan en la televisión árabe urgiendo a Mubarak a renunciar cuando las potencias occidentales dudaban y se expresaban tibiamente al respecto; y su “compleja apertura política, diplomática y económica hacia Irán”²⁶ en un contexto de asedio a la República Islámica por parte de la “comunidad internacional”

²⁶ Escobar, P., “The Great Arab Revolt: New Economic and Political Models?”, 13/03/2011. (Online), disponible en <http://www.pubtheo.com/page.asp?PID=1629>

(podemos mencionar aquí el intento de intervención, junto a Brasil, en el tratamiento del desarrollo nuclear de Irán en el año 2010). Si bien desde nuestro punto de vista no es esperable que Turquía dispute en este momento la hegemonía regional con Irán, sí sostenemos que existen múltiples indicios (algunos de los cuales hemos mencionado) para pensar que Ankara intentará explotar este particular momento del mundo árabe para fortalecer su posición en la región.

Por último, no ha sido nuestra intención cerrar posibles efectos de los acontecimientos en Medio Oriente. Este es un proceso aún abierto y en desarrollo que, debido a la estratégica posición geopolítica de la región y a sus ricos recursos naturales, implicará la participación de una gran parte de los actores internacionales. Pueden esperarse intervenciones militares, golpes encubiertos, renunciaciones, liberaciones, contrarrevoluciones, incluso existe la posibilidad de un conflicto bélico entre Irán y los países del Golfo. Los pueblos, entre tanto, continúan luchando por sus reivindicaciones particulares, específicas, históricas; enfrentando fuertes aparatos de seguridad armados por las distintas potencias que, en algunos casos, dicen defenderlos. Volvamos entonces a Foucault: “No sé hacer la historia del futuro. Y soy un poco torpe en prever el pasado. Me gustaría sin embargo intentar captar *lo que está pasando*, porque en estos días nada está acabado y los dados aún están girando” (1996: 714).



Bibliografía

- Azcárate, Manuel (1990): "Las revoluciones europeas de 1989-1990", *Anuario Internacional CIDOB*, pp. 121-124.
- Balibar, Étienne (1991): "Racismo y nacionalismo". En Balibar, E. y Wallerstein, I. *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.
- Barthes, Roland (2003): *Mitologías*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter (1996): *La dialéctica en suspenso*, Santiago de Chile: Arcis-Lom.
- Çaha, Ömer (2003): "Turkish election of November 2002 and the rise of 'moderate' political Islam", en *Alternatives, Turkish Journal of International Relations*, v.2, n.1, otoño 2003, pp. 95-116.
- Follari, Roberto A. (2010): *La alternativa neopopulista. El reto latinoamericano al republicanismo liberal*, Rosario: Homo Sapiens.
- Foucault, Michel (1994): *Dits et écrits 1954-1988*. T. III 1976-1979. Paris, Gallimard, pp.692-794.
- Foucault, Michel (2002): *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fukuyama, Francis (1989): "The end of history?", *The national interest*, summer 1989.
- Gomez Parra, Rafael (1989): *Jomeini, el profeta de la guerra*, Barcelona: Ediciones B.
- Gunder Frank, André (1990): "La revolución de Europa oriental de 1989", *Nueva Sociedad*, n° 108, julio-agosto.
- Heikal, Mohamed (1982): *El regreso del Ayatollah. La revolución iraní, de Mossadeq a Jomeini*, Barcelona: Vergara.
- Huntington, Samuel P. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.
- Kentel, Ferhat (2008): "Reconstrucciones nacionalistas frente a la desaparición de las fronteras", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 82-83, septiembre 2008, pp. 135-166.
- King, Judd; Toprak, Metin; Uslu, Nasuh (2009): "Transformation of Turkish politics: socio-political, economic and ethnic peculiarities", *Bilig*, n° 50, verano 2009, pp. 199-230.
- Martín Muñoz, Gema (2003): *Iraq: Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Barcelona: Tusquets.
- Meyer, Michael (2009): *El año que cambió el mundo*, Bogotá: Norma.
- Rodríguez Zahar, León (1991): *La revolución islámica-clerical de Irán 1978-1989*, México D.F.: El Colegio de México.

Roy, Olivier (2008): *The politics of chaos in the Middle East*, New York: Columbia University Press.

Taibo, Carlos (1998): *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿Copias de papel carbón?*, Madrid: Los libros de la catarata.